

Fernando
Pessoa

Plural
de nadie

aforismos
traducción de Miguel Ángel Flores



Siendo un niño, el conde de Sunrey, Marcus Random decidió que ella sería su esposa. A una temprana edad, Marcus ya vislumbró el carácter dulce de *lady* Eleanor, y por ello decidió que la hija de la mejor amiga de su madre se casaría con él en cuanto pudieran hacerlo. Pero eso no le impide tirar del pelo y dar órdenes a Eleanor, hasta el punto de que aquel muchacho hizo enfadar al padre de la que él quería para sí y propició un alejamiento entre las familias de ambos.

Aunque el tiempo lo separe de aquello que ansía, cuando lord Sunrey la vea en el baile de su presentación, decidirá dar el paso definitivo que lo ligue a una Eleanor que ha alcanzado la adultez con gracia.

Aun así, la vida tiene muchas sorpresas, algunas desagradables, y el conde cometerá una tremenda equivocación que dejará a *lady* Eleanor sola y enamorada de él.

¿Podrá perdonar el corazón de la dama las acciones de lord Sunrey?

Índice de contenido

Cubierta

La equivocación del conde

Dedicatoria

Nota del Editor

Prefacio: Todo tiene un principio

Capítulo 1: La presentación de una princesa

Capítulo 2: Un príncipe a sus pies

Capítulo 3: Una conquista que lograr

Capítulo 4: Descubrir el amor y el deseo

Capítulo 5: El pasar y el pesar de los años

Capítulo 6: Volver a vivir

Capítulo 7: El destino sucede

Capítulo 8: Recuperarla o morir en el empeño

Capítulo 9: Enterrar el hacha de guerra

Capítulo 10: Un nuevo comienzo

Epílogo: La maldición de Lee

Sobre la autora

A veces se cometen errores graves,
por equivocación o terquedad.
Siempre, se perdona por amor.

*Dedicado a quienes se buscan y encuentran
tras los malos entendidos.*

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Prefacio

Todo tiene un principio

No podía ser de otra manera. El día se presentaba gris, porque en Irlanda el paisaje era de un aspecto tenue. Aquel recóndito pueblo siempre estaba empañado por una maraña de nubes y neblina que contribuía a ofrecer un aspecto mágico. Unos pocos rayos de sol conseguían atravesar la espesura del ambiente. Aun así, el clima era el indicado para la situación que se comenzaba a gestar y que supondría un gran cambio en la vida de dos familias de la nobleza británica.

Marcus Random, actual conde de Sunrey, siempre había tenido muy claro su camino en la vida. Incluso siendo un niño, como era, sus decisiones eran inapelables. Era un muchacho decidido, seguro de sí mismo, de fuerte carácter y con unas ideas muy, pero que muy, fijas. Hecho a imagen y semejanza de su padre, el duque de Stone. Sabía sin motivo de oscilación que debía defender lo suyo a toda costa, porque así lo habían criado y, viendo el panorama que se dibujaba ante sus jóvenes ojos, era plenamente consciente de que, de un momento a otro, habría de intervenir en la disputa que observaba muy atento. Pero primero quería ver cómo iba a ir todo, porque así se quitaría un estorbo de encima; puesto que no le gustaba, ni un pelo, que aquel chico con el que se iba a encarar hubiese puesto sus ojos en ella.

Marcus se recostó contra el árbol tratando de aparentar una tranquilidad que en absoluto sentía. Decidió seguir observando el altercado desde el lugar donde se encontraba, y agudizó el oído para no perder ningún detalle.

—¿*Lady*, dices? —preguntó con sorna un niño de aspecto bien parecido y con actitud amenazante.

—Sí, soy *lady* Eleanor Jones. —La pequeña trató de sacar pecho para mostrar orgullo. No quería sentirse intimidada e inferior—. Mi papá es el marqués de Spencer —expuso ella con cierta humildad, pero llena de felicidad, al hablar del padre a quien acababa de recuperar hacía relativamente poco.

La mayor parte de su niñez, hasta los seis años, Eleanor la había transcurrido junto a su madre, Susan, quien por lo visto había tenido algún tipo de desavenencia con el hombre que se había convertido en el más importante de su vida. Poco interés tenían para la niña los problemas entre sus progenitores, lo importante era que tenía un padre y una madre a su lado.

—¡Ja! Tú siempre serás una pobre niña sin papá y ahora eres una mentirosa. —Al niño con el que conversaba, las afirmaciones de la pequeña no le resultaban creíbles y estaba dispuesto a hacérselo notar.

—Preston, no entiendo el motivo de tu crueldad. Yo solo te estoy contando que mi papá es marqués, pero no quiero que por eso no seamos amigos. —El título del padre era reciente y realmente Eleanor no conseguía entender el disgusto de quien, hasta hacía unos meses, había sido un gran amigo suyo.

—Todos en el pueblo saben que eres una bastarda —le señaló Preston con repugnancia.

—No sé qué es eso, pero no me gusta que me lo digas. Me haces daño con tu tono y tus acusaciones. —La niña desconocía el significado de la palabra que él había empleado para referirse a ella, pero advertía que era algo malsonante con lo que pretendía ofenderla.

—Tú no tienes padre. No mientas.

—Yo tengo un papá y pronto tendré un hermano o hermana —trató de defenderse nuevamente ante la acusación.

—Ellos sí serán *lady* o *lord*, no tú. ¡Embustera!

—Preston, por favor —suplicó Eleanor tratando de contener las lágrimas—, no sé lo que te pasa pero somos amigos, y los amigos no se hacen daño entre ellos. —Esa máxima se la había enseñado su madre—. No comprendo por qué quieres herirme, pero te recuerdo que llevamos muchos años jugando juntos y que soy la misma que se fue hace meses. Soy tu amiga. —Su niñez, Eleanor, la había vivido en el pueblo donde se encontraba en estos momentos, pero sin su padre a su lado, eso era cierto. Ese niño, que la increpaba, y los otros, que estaban observando impasibles, habían sido sus compañeros de juego. Y, por ello, la traición que se abría paso en su corazón era todavía mayor.

—Tú no eres la misma. Te marchaste y de nuevo tienes la osadía de regresar aquí, como si fueses alguien importante, con tus caros vestidos... —Él estaba verdaderamente molesto—. No eres más que una bastarda embustera.

—No sé qué es eso, pero suena malo y, si no me pides disculpas inmediatamente, mi papá vendrá a regañarte. —El niño se rio en su cara y ella hubo de ser más contundente—. Créeme, él te dará miedo. —Su padre era un hombre muy grande y fiero, su madre decía que era un guerrero vikingo. Cuando lo conoció, ella misma sintió cierto temor por su apariencia... Hasta que supo que era el hombre por el que había estado esperando toda su vida, claro.

—Ambos sabemos que no tienes papá, solo mamá.

—¡Sí tengo! —gritó la pequeña con las lágrimas brillando en sus dulces ojos color miel.

—Mentira. ¡Eres una bastarda tonta y mentirosa! —le repitió al tiempo que se volvió a burlar de ella sacándole la lengua.

La pequeña Eleanor se giró en busca de apoyo porque no era capaz de afrontar la situación ella sola. El gran corro de niños que estaba situado detrás del malvado Preston, quien había sido su mejor amigo, no hacía más que reírse de ella mientras él la increpaba gritándole y mostrando mucha agresividad. Eleanor no podía creer que sus amigos le estuvieran haciendo eso. Ella había regresado a Irlanda feliz y contenta para presentarle a todo el mundo a su papá, en especial a Nana, la anciana que había sido, a efectos prácticos, su abuela. La verdad es que su madre, Susan, le había explicado que a Nana no las unían lazos de sangre, pero esa mujer se había ocupado de ellas desde su nacimiento. Incluso les salvó la vida a ambas durante el parto de la niña.

La pequeña observó a Marcus apoyado en un árbol mirando toda la escena. Y, aunque no estaba segura de que fuese una buena idea, decidió gastarlo como salvavidas... Era imposible que la situación fuese a peor, ¿no?

—Marcus... —Se acercó a él y todos la siguieron—. Diles que tengo papá y que no soy ni una *bastarata* —demandó sin saber ni pronunciar aquello— ni una mentirosa, ni tonta tampoco.

Marcus se quedó callado y quieto durante unos minutos como si tratase de comprender la petición de ella. Eleanor comenzó a sentir pánico y, por más que lo intentó, no fue capaz de mantener las lágrimas tras sus párpados. Acabó mostrando lo que estuvo conteniendo por los insultos durante esa pelea que ella no acababa de comprender cómo se había iniciado. Las risas del grupo de niños volvieron a llegar. Eleanor decidió salir huyendo del lugar a toda prisa. Sus amigos le habían fallado y Marcus...

Bueno, Marcus siempre estaba molestándola desde que lo conoció, ¿por qué había creído que en esta ocasión la ayudaría?

Mejor ir a por Nana, ella sabría lo que habría que hacer. Y cuidado que su Nana —que era una bruja de las buenas,

una *cailleach*— no les lanzase una maldición, como las que sabía que lanzaba Lisa, la que era la mamá de Marcus.

—¿Veis, chicos?, os dije que era una bastarda. Me debéis un penique cada uno —se jactó el pequeño matón orgulloso de lo que acababa de hacer.

—Ellos no te deben nada, porque ella no es ninguna bastarda, sus padres llevan ya casados nueve años —intervino Marcus mientras se separaba del árbol con calma y se acercaba al corrillo en dirección a ese niño, que por lo menos sería tres o cuatro años mayor que él. Pero Marcus, a sus nueve años, no tenía miedo de nada ni de nadie. Su padre, Tom, lo había enseñado bien a defenderse. Al menos eso esperaba él, porque ese tal Preston, además de no gustarle ni un pelo desde que lo conoció, le sacaba por lo menos cabeza y media de altura.

Marcus era consciente de que la situación de Eleanor no era exactamente como la acababa de explicar. Los padres de la niña, a la que defendería a capa y espada, tuvieron problemas en su juventud, y dado que el padre de ella era un marqués, un par muy importante del reino, amañó los papeles del matrimonio con la madre de Eleanor para proteger a su hija justamente del insulto que acababan de propinarle. Así pues, a efectos legales, los marqueses de Spencer llevaban casados desde antes de nacer Eleanor, por más que no hubiera sido así. ¿Por qué estaba al tanto del asunto el hijo de lord Stone? Porque todo lo que tenía que ver con Eleanor, él siempre lo conocía.

—Tú te callas —le espetó el matón mientras veía como Marcus se iba acercando a él.

—Yo no hablaré, si es lo que quieres; pero, si vuelves a llamarla bastarda, tonta o mentirosa, o cualquier otra cosa que se te pase por la mente, buena o mala —puntualizó—, te daré una paliza. Así de simple. —Altivo, sereno, serio y prepotente, Marcus se enfrentó a su rival.

—Mirad todos... El pequeñín este no recuerda con quién se está metiendo. —El resto de niños comenzó a reír

de nuevo—. Le dije a ella la verdad y es que es una bastarda, mentirosa y tonta. —Preston le echó una ojeada despectiva—. Y tú no eres más que un mocoso.

—Soy Marcus Random, conde de Sunrey y futuro duque de Stone. Mi abuela es Nana, la bruja más poderosa del territorio, y soy...

—¿Así que te tengo que tener miedo porque eres el nieto de la bruja? —lo interrumpió—. ¿Crees que temo algún maleficio o encantamiento? —cuestionó presuntuoso el niño.

—No había terminado aún, estúpido. Soy quien te va a dar la paliza de tu vida si no te retractas inmediatamente. Soy quien te hará caer los dientes si la vuelves a molestar. Soy quien te arrancará los ojos si la vuelves a mirar tan siquiera un poco mal, y soy quien te matará si alguna vez la vuelves a hacer llorar.

El matón estaba harto de cháchara, era el momento de dejar a ese noble petulante niño en el suelo. Por muy conde o duque que fuera, nadie le amenazaba y salía indemne. Preston se acercó, preparado para darle un buen puñetazo a ese niño pequeño. Marcus intentó esquivar el derechazo, pero no lo consiguió y un puño se estampó en su ojo izquierdo. Aquello dolía como la muerte, pensó Marcus. Antes de que su contrincante volviese a la carga, Marcus puso en marcha el plan infalible de su padre: la típica patada en la entrepierna. «Hijo, si ves que no tienes posibilidades de tumbar a tu rival, hay que atacar con tu mejor arma y esa es herirlo donde más le duela», le recomendó años atrás el duque de Stone a su heredero.

Funcionó en esta ocasión a la perfección. Preston, el matón, acabó en el suelo cogido de sus partes. Marcus se posicionó ante él y, desde ahí arriba y con una sonrisa de triunfo en la cara, le volvió a recordar sus peticiones:

—No la molestarás jamás, o de nuevo acabarás en el suelo, ¿está claro? —Marcus levantó la mirada para dirigirse

al resto del grupo—. Ninguno de los aquí presentes lo hará nunca, ¿entendido?

El corrillo se apresuró a contestar afirmativamente, pero el matón se resistió a dar su respuesta y, Marcus se agachó para cogerle del pelo, a fin de que Preston lo mirase a la cara.

—Síiii —respondió en un susurro quejoso el niño.

Marcus se fue a casa contento con su herida de guerra. Había defendido a la que sería su futura duquesa de Stone. Pues ese ojo se iba a poner morado, pero bien valía la pena por ella. Y se fue satisfecho porque, además, aplicó la máxima de su padre: «No te ensañes nunca con los débiles, pero sí defiende siempre a aquellos que lo necesiten».

Y sacó pecho, sabía que su padre estaría orgulloso con su hazaña. Marcus había cumplido con sus obligaciones, pues le dio una patada muy contenida al matón. Con la fuerza justa para tumbarlo, pero para no hacerle el mayor daño posible. Y además había defendido a Eleanor ante todo el pueblo. Los demás tenían que mostrarle respeto, porque únicamente él tenía la potestad de hacer enfadar a su futura esposa; y, cuanto antes lo aprendieran todos, mejor les iría. *Lady Eleanor* era suya y él cuidaba sus posesiones... Así que ¿qué no haría por la niña que quería para sí y con la que algún día se casaría?

Marcus entró por la puerta de la casa radiante. Su abuela, Nana —con la que sí compartía lazos de sangre—, le dio una mirada de reprobación y una cataplasma para que se la pusiera en el ojo: la anciana no dijo una palabra. No hacía falta, el niño la entendía y ella sabía, puesto que había pocas cosas que a Nana se le escapasen. Era una *cailleach* con ciertos poderes que dejarían helado a cualquier hombre.

El niño se acercó a la ventana del humilde comedor para contemplar el mundo. Hoy se sentía poderoso. Divisó en un rincón del jardín a una Eleanor que seguía llorando. El hermano de Marcus, Andrew, estaba tratando de consolar-

la. Lo observó con un pedazo de pastel de manzana en la mano y la niña lo miraba entusiasmada, con una gran sonrisa que se salpicaba con las lágrimas que aún tenía varadas en la mejilla. Eleanor se levantó y le dio un fuerte abrazo a Andrew.

De nuevo Marcus respiró satisfecho. ¿Su hermano se había quedado más del tiempo necesario abrazando a Ely?

Un refunfuño captó la atención de Nana. Se acercó para ver lo que había contrariado a su nieto mayor. Lo miró con suspicacia.

—Es mi hermano —le dijo avergonzado por haber sentido celos de él también.

—Harás bien en no olvidar jamás lo que acabas de decir aquí, mi querido niño. —Y sin más dilación la anciana se marchó.

El pequeño Marcus no era el único que miraba por una ventana. Leonel Jones, marqués de Spencer, orgulloso papá de Eleanor y futuro padre del bebé que gestaba su esposa Susan, había visto a su pequeña regresar del pueblo llorando. El marqués se apresuró a vestirse para buscar a su niña y averiguar el motivo de su pesar.

Desde que su esposa Susan había insistido en hacer un viaje a Irlanda, a fin de que él conociese a la famosa Nana, él ya supo que no iba a ser una buena idea. No es que él fuese un desagradecido. La anciana que se ocupó de las dos mujeres de su vida en su ausencia, durante los primeros años de vida de su pequeña, tenía su gratitud. Él fue un tonto con su esposa, no podía negarlo, pero eso era otra historia. Lo que sucedía es que Spencer detestaba al padre de Marcus con todo su ser.

Leonel tenía cierta curiosidad por saber dónde habían estado viviendo su esposa y su hija; y Sue —como él la llamaba cariñosamente— se moría porque él viese todo lo que ella catalogaba como un paraíso de paz. El marqués

deseaba conocer ese aspecto de la vida de su esposa, y le pareció una buena idea al principio, pero todo se complicó cuando la mejor amiga de su esposa, Lisa, *lady Stone*, insistió en que ambas familias hicieran el viaje juntas.

Él y el esposo de *lady Stone* eran como agua y aceite. El marqués no le había perdonado que él supiese el paradero de su familia durante los largos años en los que se volvió loco buscándola, y no se lo dijese en las múltiples ocasiones en las que se lo había suplicado. Y por su parte Tom, el duque de Stone, no le perdonó... ¡Bien!, Leonel no sabía lo que ese odioso no le perdonaba, pero sí sabía a ciencia cierta que él no le era nada simpático al otro noble. Ambas mujeres eran uña y carne y el marqués era consciente, tanto como lo era Stone, de que estaban condenados a entenderse por el bien de la cordura de los dos. Tanto Sue como Lisa podían ser como una plaga cuando ambos no se replegaban a sus deseos.

Así, tía Lisa, como llamaba su hija Eleanor a *lady Stone*, le ponía los pelos de punta. Había algo en esa mujer que lo hacía estremecer. Ella se jactaba siempre ante él de ser una poderosa bruja; sin embargo, él se negaba a creer en ese tipo de cuentos. Sí, de acuerdo, debía admitir que, después de conocer a Nana —la abuela materna de *lady Stone* y por quien su mujer sentía auténtica devoción—, su mente comenzó a abrirse ante algo... algo... algo que él no estaba dispuesto a averiguar, porque realmente la cosa se presentaba perturbadora.

Lo que peor llevaba el marqués de Spencer desde que conoció al pequeño Marcus, fue toda esa insistencia del heredero de Stone en casarse con su pequeña Eleanor. Desde que conoció al muchacho, hacía un par de años, supo que ese niño sería como un grano en el...

Esa pequeña réplica de Stone, siempre estaba incordiando a su niña y más de una discusión había mantenido con el padre del niño, a raíz de esto y de la absurda futura boda. Eleanor era su tesoro y nadie, absolutamente ni un

alma, iba a molestar, poner triste o descontenta a su princesa. Y, menos que nadie, el hijo del odioso Stone.

Así que, cuando vio a su pequeña volver a la granja de Nana llorando, supo que Marcus se encontraba detrás de aquellas lágrimas. Estaba harto de que su princesa derramase lágrimas por aquel niño tan arrogante y autoritario, que además era una copia exacta de su padre. El heredero del odioso duque era bien parecido: ojos azules, rubio, con una carita de ángel que ocultaba una personalidad fuerte y dominante. Debía admitir que Marcus, al igual que su progenitora, le daba auténtico pavor. Había una seguridad tan brutal en él que lo hacía sentir incómodo, sobre todo cuando se refería a su pequeña Eleanor como su futura duquesa. Debería estar loco de contento por pensar en que su niña pudiese tener un futuro brillante junto al actual conde de Sunrey y futuro duque de Stone. Pero no era así, porque estaba seguro de que entre el padre y el hijo lo matarían a disgustos. ¡Aquello no podía ser!

Y es que Eleanor era muy diferente a Marcus. Allá donde él era seguro, duro, ¡tirano!, ella era exacta a su Sue, toda algodón de azúcar, cálida, amorosa, sensible, amigable... Era la perfección personificada para su padre.

El marqués de Spencer sacudió la cabeza en señal de negación. Faltaban años para preocuparse por el futuro de su niña. Cruzaría ese puente en el instante oportuno. En estos momentos, su misión era hacer pagar sus pecados al responsable de los lloros de Eleanor. Y se olía que, ese, iba a ser Marcus, como siempre solía ocurrir.

Mientras se acercaba a su hija, se le calentó el corazón al ver cómo el hermano de Marcus, Andrew, le daba un pastel para consolarla. Este, Andrew, pese a ser hijo del horrendo Stone, sí le gustaba más que su hermano. Físicamente eran muy parecidos ambos, Andrew era un año más pequeño que Eleanor y Marcus, quienes eran de la misma edad, tenían nueve primaveras. El marqués opinó que con este podría hacer una excepción, pese a quien era su pa-